

La segunda fortaleza de Santo Domingo*

Fray Vicente Rubio, O. P.

Al recinto de ella se entra, desde la calle de Las Damas, atravesando una majestuosa portada de piedra, de estilo neoclásico, mandada hacer por el rey de España, Carlos III, en 1777. Su cornisa estuvo antaño rematada por un típico frontón partido, cuyo hueco, en su porción superior, llenaba el escudo real de ese monarca. Tan precioso acabamiento fue destruido en la pasada centuria.

Nada más transponer el umbral de la portada, la mirada divisa una amplia explanada, al final de la cual, hacia el naciente, se hallan las espaldas de la Fortaleza propiamente dicha. Edificada en la meseta de una alta barranca sobre el recodo final que traza al río Ozama a punto de verter su caudal en el mar Caribe, goza ella de una envidiable situación estratégica de acuerdo a sistemas defensivos peculiares de la Edad Media.

Su erección se debe al gobernador Nicolás de Ovando (1502-1509), comendador primeramente de Lares, y después comendador mayor en su Orden de Alcántara. Fue comenzada a construir en las postrimerías de 1503; en 1507 dábase totalmente por concluida, siendo maestro mayor de la obra, Gómez García de Varela: como aparejador y pagador a la vez.

* Ensayo inédito facilitado a *Clio* por su autor para publicarlo en este número.



actuó Cristóbal de Tapia, quien se tituló mediante regio nombramiento “*primer alcaide*” de dicha Real Casa Fuerte.¹

Desaparecidos los baluartes colombinos en la costa norte y en otros puntos de esta isla, incluso el del primer asiento de la villa de Santo Domingo, la Fortaleza de que estamos hablando es, hoy por hoy, el edificio militar más antiguo de América.

Consta de dos cuerpos bien definidos: uno, a modo de un prisma regular de seis caras, en posición de acostado, con su azotea erizada de merlones y almenas; el otro, es un cuadrado torreón, alto y austero, que luego de embutir un tercio de su anchura en el cuerpo anterior, se eleva imponente hacia el firmamento, también con corona de almenas. Ambos cuerpos son de mampostería, sólo las esquinas, las dovelas de puertas o los encuadres de ventanas, aspilleras, etc., de sillajero.

A las aristas de la fachada principal, orientada al levante, hubo necesidad urgente de agregarle enseguida otras dos edificaciones; ambos anexos contrastan desabridamente con la Fortaleza, no sólo por su material (el ladrillo), sino por su volumetría y, en especial, porque siguen, respecto de la fachada y de la muralla paralela a ésta, una alineación oblicua. Esto determinó que el pequeño atrio o compás de la Real Casa Fuerte adquiriera planta de trapecio. La edificación de la derecha se destinó para morada del alcaide; la de la izquierda, para cobijar un aljibe y contar, al mismo tiempo, con un espacio contiguo donde pudieran habitar uno o dos artilleros.

1 Úrsula Lamb. “Cristóbal de Tapia vs. Nicolás de Ovando: un fragmento de residencia de 1509”. Reproducido en Emilio Rodríguez Demorizi, *El Pleito Ovando-Tapia. Comienzos de la vida urbana en América*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1978, pp. 23–24.



Bueno será advertir que el ingreso a este trapezoidal patio interior efectúase a través del portal de la histórica vivienda del alcaide de la Fortaleza.

Una rústica puerta ojival, que mira al naciente, permite el paso a la Real Casa Fuerte. Ella presenta tres pisos abovedados. Los dos primeros son tan anchos como el mismo cuerpo prismático acostado en que tienen cabida; el tercero, más estrecho, corresponde ya a la parte cimera del cuadrado torreón, el cual emerge céntricamente del cuerpo anterior en ascensión impresionante, como si su elevación fuese obra exclusiva del aliento e impulso de las propias piedras. El interior de los dos primeros pisos se reparte, sin tabique alguno, en tres tramos, que reciben la luz solar bien filtrada, por angostas aspilleras o determinadas ventanas. En caso de asedio, estos dos primeros pisos podían ser fácilmente aislables uno de otro, ya que contando la Fortaleza con un acceso único (la mencionada puerta ojival), ambos niveles quedaban por dentro incomunicados con solo retirar unas escaleras de mano, en madera o hierro, a través de un gran orificio circular practicado en un ángulo de la bóveda separando un piso de otro. Era el mismo sistema que Ovando había visto desde niño en el castillo-palacio de la Argujuela —vecino a Cáceres, España—, perteneciente a su familia. Actualmente, en nuestra Real Casa Fuerte una escalera de hierro, a modo de tuerca, relaciona uno y otro nivel.

Obligó a ampliar ciertos puestos defensivos en la Fortaleza la aparición de piratas en 1527-1530. Y así, se levantó un cubo o torre a la parte meridional de la explanada de ella, aunque más abajo, mirando hacia el mar, sobre cuya azotea se colocaron algunas piezas de artillería; lo malo era que el peñón encima del cual se erguía dicha torre, tenía



debajo una enorme oquedad que presagiaba derrumbe. Se construyó luego un bastión a la orilla misma de la entrada del río en el mar, “*a la lengua del agua*” —cuyas ruinas aún subsisten— de modo que a naos corsarias que por ahí intentaran penetrar al puerto les resultaba muy difícil escamotear la doble línea de fuego, alta y baja, con que les ofendían a babor desde el cubo y el fortín simultáneamente. Para poder atacarlas también a estribor, se dotó a la ribera fluvial de enfrente con una bien pertrechada torreta, que acabó por dar al lugar el nombre de Punta Torrecilla. Ya no quedó otra providencia defensiva que nutrir la línea de la artillería alta y, con este objeto, se construyó al extremo meridional de la albacara de la Fortaleza el Fuerte de Santiago, baluarte que aún en parte se conserva con su típica garita.

Con razón dijo Menéndez de Avilés, en *Memorial* dirigido a la Corona, que la Fortaleza de Santo Domingo, “*por la parte de la mar es muy fuerte*”. No lo era, a su juicio, por la parte de la ciudad, y para ésta proyectó un muro elevado y muy ancho, repleto de merlones y almenas, que debía contener seis cubos —dos de ellos a ambos lados de la Puerta exterior del recinto, cuyas huellas aún pueden allí percibirse en el suelo, acera oriental de la calle de Las Damas—. Semejante muro, con esas características, nunca se edificó. Y cuando tropas de piratas se adueñaron de la ciudad en 1586, o más tarde intentaron hacer lo mismo, nunca entraron por el puerto de Santo Domingo, sino por otros desde donde por tierra se encaminaron a la capital de La Española, apoderándose fácilmente de la Fortaleza.

Por eso, nuestra Torre del Homenaje ha visto en su cima ondear siete banderas distintas, como señal de diversos dominios extranjeros, o de laudable conato independentista y



reafirmaciones nacionalistas: española,² inglesa,³ francesa,⁴ de la Gran Colombia,⁵ haitiana,⁶ norteamericana⁷ y dominicana⁸.

El militar edificio alojó en 1509, aunque por brevísimo tiempo, al sucesor de Ovando en el gobierno de la isla: don Diego Colón -hijo del Descubridor del Nuevo Mundo-, y a su esposa, acabados de desembarcar en el puerto del Ozama.

Asimismo se utilizó como cárcel para personajes destacados de la época colonial (el mismo primer alcaide de la Fortaleza, Cristóbal de Tapia; Cristóbal de Santa Clara, tesorero de Ovando; Juan Fernández de las Varas, almojarife, acusado de herejía; dos oidores de la Real Audiencia: el capitán Jerónimo de Agüero Bardaxí; cierto noble santodominguense, tan déspota como “tenorio”, llamado Rodrigo Pimentel, etc.). Hasta hubo un momento, en pleno siglo XVI, en que allí metieron a presos comunes, pero la oportunidad y enérgica protesta del alcaide al rey, evitó que aquella medida continuara.

En el período republicano hasta época muy reciente probaron la amargura de ser confinados en la Fortaleza, la gran

-
- 2 1507–1801; 1809–1821 y 1861–1865, durante los 3 periodos coloniales españoles.
 - 3 1586, durante la Primera Invasión Inglesa a Santo Domingo, de Sir Francis Drake.
 - 4 1801–1809, durante la llamada “Era de Francia en Santo Domingo”.
 - 5 Noviembre de 1821–febrero de 1822, durante el efímero Estado Independiente del Haití Español, del Lic. José Núñez de Cáceres.
 - 6 1822–1844, durante la unificación política con Haití.
 - 7 1916–1924, durante la Primera Ocupación Militar de los Estados Unidos de América.
 - 8 1844–1861; 1865–1916; y desde 1924 hasta nuestros días.



patriota, María Trinidad Sánchez, que de allí salió para ser ignominiosamente pasada por las armas; Ramón Matías Mella —uno de los Padres de la Patria— y muchos más que hicieron tristemente famosos, en el interior de la Torre del Homenaje, “el Cuarto de los Profetas” y “el Cuarto de Peynado” —donde el ex ministro Jacinto Peynado Tejón pasó “*los Seis Años*” de la dictadura de Buenaventura Báez y donde también el Lcdo. Francisco José Peynado, hijo suyo, por su oposición al autócrata Ulises Heureaux, estuvo recluso. Todavía, en el exterior del torreón y al fondo de la antigua cuesta zigzagueante que comunicaba con el bastión sito a la orilla de la entrada del río en el mar, uno mira el sitio de “El Aguacatito”; allí muchos disidentes políticos de tiránicos gobernantes fueron fusilados. Esto da cierta similitud a nuestra Fortaleza con la fatídica Torre de Londres.

Sin embargo, lo que también dará la celebridad eterna a esta Fortaleza es el recuerdo del más insigne de sus alcaides: Gonzalo Fernández Oviedo, quien en ella vivió y murió (11 de enero de 1536—26 de junio de 1557).

Nombrado asimismo “Cronista de Indias” por el rey a petición del municipio santodominguense, entre los muros de esta Real Casa Fuerte, Oviedo escribió su mejor obra, *Historia general y natural de las Indias*, y, además, las *Quincuagenas de la nobleza de España*, finalizadas el año anterior a su deceso. Ambas producciones vinieron a sumarse a nueve obras más que habían salido previamente de su pluma, a las cuales cabe aún agregar la traducción de dos libros italianos, tan famosos como dispares: El *Laberinto de amor* (o “*Corbaccio*”), de Juan Boccaccio, y unas *Reglas de la vida espiritual y Secreta Teología*, debidas al místico Doménico de Robertis.

En los anaqueles de su escritorio, el ilustre alcaide guardaba numerosas *Relaciones, Cartas e Informes* que le



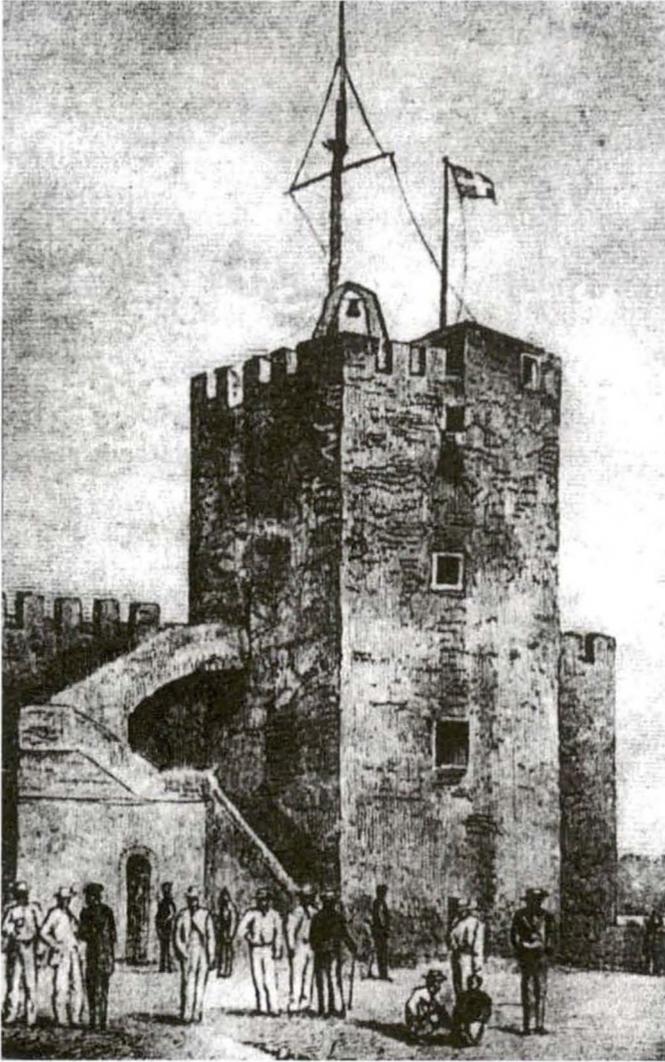
enviaban un considerable número de descubridores, conquistadores y pobladores del Nuevo Mundo a petición suya. Dirigió una hermosa epístola al emperador de Austria, mantuvo correspondencia con el cardenal Pedro Bembo —secretario de la célebre Lucrecia Borgia—, con Juan Bautista Ramusio, actuario también y cronista de la República de Venecia, o con los geógrafos de la Universidad de Padua y, por supuesto, con el monarca hispano y su Consejo de Indias, o con los mismos oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla.

Gracias a él, se mantenían vínculos culturales de nuestra isla La Española con el Viejo y Nuevo Mundo.

Los restos mortales de Oviedo yacen en la vecina catedral de Santo Domingo. Hoy, en las afueras de la Torre del Homenaje, una briosa estatua de él, en bronce, evoca su figura.

La fortaleza, edificada por manos de taínos y negros, sigue aún poniendo al caserío antiguo de Santo Domingo una nota medieval.





Torre del Homenaje de la Fortaleza Ozama
(Dibujo del siglo XIX)

